



Sociedad del conocimiento:

Realidades y desafíos de los medios en el escenario colombiano

LUIS MIGUEL LÓPEZ LODOÑO¹

Daniel Innerarity es Doctor en Filosofía, ensayista y profesor invitado en diversas universidades de Europa y América. Las últimas producciones académicas de

este investigador español han girado en torno a la filosofía política, la democracia, los riesgos de la globalización y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Una de sus más recientes publicaciones, *La democracia del conocimiento*, es una apuesta por considerar el conocimiento como el dispositivo más poderoso a la hora de configurar un espacio democrático de vida común entre los seres humanos. Advierte este pensador vasco: “Y es que nuestros principales

¹ Comunicador social. Profesor del área de Lenguaje Escrito y del área de formación básica profesional del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. lmlondono@gmail.com

problemas colectivos no son, contra lo que suele afirmarse, problemas de voluntad, de falta de decisión o inmoralidad; deberíamos considerarlos también fracasos cognoscitivos o que tienen su origen en una organización deficiente del conocimiento desde el punto de vista de su legitimidad democrática” (Innerarity, 2011, p.11).

Más que un medio para saber, el conocimiento se ha convertido en un asunto de ciudadanía democrática y un instrumento de convivencia en las sociedades modernas.

Inicialmente, parecería pretencioso, ingenuo o distante ubicar nuestra sociedad en esa categoría. Sin embargo, la centralidad que en ella adquieren los medios de comunicación es la que permite identificar puntos de encuentro sugestivos para este análisis. Entre sus múltiples propiedades y definiciones, la más ajustada en este caso es aquella en la que hacen presencia diferentes fenómenos, entre los que se destaca el nacimiento y la expansión de las nuevas tecnologías de la información. Según él, son actores centrales en este tipo de sociedad, caracterizada por “(...) la institucionalización de mecanismos reflexivos en todos los ámbitos funcionales específicos, que se convierten así en instrumentos de aprendizaje de la sociedad. El principio de investigación, de manejar la información con el ánimo de aprender, se ha convertido en un modo general de actuar en la sociedad actual (...)” (Innerarity, 2011, p.58). En este contexto, es innegable la función de los medios de comunicación, impulsores de la generación y organización de un conocimiento reflexivo y activo; son ellos quienes poseen la capacidad para constituir el saber como eje central en nuestras comunidades modernas. Por tal

motivo, encasillar la nuestra en esa condición de “sociedad del conocimiento”, más allá de sonar arriesgado, es casi una obligación.

A propósito del momento crucial que atraviesa Colombia, con ocasión de las conversaciones de paz y la posibilidad de encontrar una solución negociada al conflicto con los grupos guerrilleros, se hace indispensable volver a pensar el rol que deben asumir los medios de comunicación. Más allá de la hipotética firma de un tratado de paz, el país se enfrenta a la posibilidad de reconstruir y conocer una historia de la que el ciudadano ha sido lejano y desconocedor. El fenómeno histórico del conflicto armado en nuestro territorio es un complejo nudo de fuerzas encontradas provenientes de la política, la economía, la cultura, la convivencia y el poder, por solo mencionar algunas. De ahí que sea ese factor de la violencia revolucionaria el centro de interés de esta reflexión, ya que en él confluyen los hechos que han configurado como un todo la historia más reciente de este convulsionado territorio. Es ese nudo el que es urgente desatar, ya que la ciudadanía tiene las herramientas necesarias para descubrir y apoderarse de lo que le ha sido arrebatado: su conocimiento del país en el que vive, la comprensión del cómo su historia se manifiesta en el presente. A la luz de los análisis de Innerarity, se explorarán estos escenarios.

Los tres espacios para pensar la “sociedad del conocimiento”

El primero consiste en lo que este filósofo español define como paradojas de la sociedad del conocimiento. Una es que esta sociedad nos hace a todos un poco

más tontos, ya que el contraste de lo que sabemos con respecto a lo que se puede y se debe saber, por lo que no sería un exabrupto denominarla sociedad del desconocimiento. Otra es el resultado de lo que él denomina un exceso y una desproporción de la información. Los términos «infobasura» e «infoxicación» representan ese incremento de la información, acompañado de un avance muy modesto en cuanto a la comprensión del mundo. En pocas palabras, es la presencia de la escasez en medio de la abundancia, de un entorno informativo poblado de datos pero que no orientan. La última es el concepto del progreso civilizatorio, en el que el hombre avanza en la medida en que hay aparatos y procedimientos que le permiten actuar sin estar obligado a reflexionar; el sometimiento a lo que no se comprende fundamenta en muchos grados el carácter de nuestra civilización.

Las narconovelas, la guerra contada con el inmutable interés de entretener y producir dinero, las víctimas y los victimarios visibilizados desde la espectacularidad, los hechos registrados y narrados desde los intereses de poder del estado, el peligroso ingrediente de unos porcentajes de ficción para retratar las dinámicas del conflicto, son fenómenos comunicativos que hunden muy poco las raíces en la profundidad de la historia, pero que se aferran con más fuerza a la capa más superficial de la comprensión. La imagen que han proyectado los medios sobre el conflicto, desde su origen hasta hoy, se asemeja a esa imagen de la niebla, que solo deja entrever e insinuar. Lo que se puede y se debe saber ha sido custodiado y parece evocar prácticas oscurantistas, y se refuerza con el ciudadano que cree equivocadamente entender y descifrar los significados de su presente inmedia-

to. La verdadera intoxicación ocurre en la mente del individuo y en su incapacidad para descifrar ese hilo conductor que hay detrás de la inmensidad de la información, que incluso se proyecta infinita y desbordada en sus fronteras. Puede sentirse bien informado, capaz de reproducir los mensajes, pero completamente desprovisto de la capacidad para vislumbrar que está siendo reducido a no comprender.

En ese grandioso ensayo titulado *La Resistencia*, Ernesto Sábato (2000) manifestó cómo a través de los medios nos hemos alejado del corazón de las cosas y cómo la indiferencia metafísica se ha adueñado de nosotros. Esos medios, aquellas entidades sin sangre, nos han separado del diálogo con los demás y del reconocimiento del mundo que nos rodea; nos advertía este escritor argentino que la televisión anestesia la sensibilidad y perjudica el alma, pero paradójicamente, y en contra de su visión apocalíptica, también pueden ser una herramienta central en la “sociedad del conocimiento”, capaz de derrumbar esa servidumbre mental y esclavitud irreflexiva en la que nos ha sumido. Es cuestión de canalizar capacidades hacia fines opuestos. No hay mejor fragmento para ilustrar esta situación que la expuesta en *Dialéctica de la Ilustración* por Adorno y Horkheimer (2006): “Pero, fuera de esto, el abultado aparato de la industria de la diversión no hace, ni siquiera en la medida de lo existente, más humana la vida de los hombres. La idea de agotar las posibilidades técnicas dadas, de utilizar plenamente las capacidades existentes para el consumo estético de masas, forma parte del mismo sistema económico que rechaza la utilización de esas capacidades cuando se trata de eliminar el hambre” (p.184). En pocas palabras, la misma fuerza con

la que los medios alejan es la misma con la que pueden acercar al ciudadano a la esfera del conocimiento.

El segundo campo de discusión propuesto por Innerarity es el tratamiento que deben recibir los datos, la información y el conocimiento. Los bancos de datos y la acumulación de información no son la solución al problema del conocimiento, sino el problema mismo. El inconveniente tampoco procede de la carencia de información. El punto de equilibrio consiste en reducir significativamente la complejidad y acudir a diseñadores del conocimiento, quienes puedan poner los medios al servicio de la comprensión y el saber. “Una información solo se transforma en conocimiento cuando es convenientemente procesada, cuando se usa para hacer comparaciones, sacar consecuencias y establecer conexiones (...). La cantidad de informaciones que están a nuestra disposición es algo que debe ser reelaborado” (Innerarity, 2011, p. 27). Esta re confección de los contenidos debe apuntar a construir una imagen coherente del mundo, que sugiera un alto grado de reflexividad, que abra caminos en el laberinto de la información. Esta, en exceso, distrae; impide diferenciar qué debe ser omitido o ignorado; obstruye la necesidad de saber qué es lo que se necesita saber.

Hasta ahora, los medios se han limitado a reproducir datos e información. El cubrimiento sobre los diálogos de paz se ha concentrado en el respaldo o el rechazo de la ciudadanía al proceso, en la probabilidad de su éxito o su fracaso, en la peligrosa inferencia que en él pueda tener el ejercicio periodístico, o en los trinos de uno y otro sector de la dirigencia política. Parece más importante la disputa del Procurador y el Fiscal en torno al marco para la paz,

que la obligación que tienen los medios de crear los horizontes de un país en posconflicto. Como también es común el continuo debate entre académicos, directores de medios y críticos de televisión, ese eterno *déjà vu* en donde las ideas y las sabias soluciones nunca dan un paso más allá y se materializan en formatos atractivos.

Ese diseño del conocimiento es análogo al de la fabricación cuidadosa de una artesanía. Sus insumos son las guerras civiles ocurridas desde la formación de la República, el sistema bipartidista y sus eternas disputas, el “Bogotazo” y sus repercusiones en las dinámicas de la violencia política, el surgimiento de las guerrillas liberales... en fin, una cantidad de hechos que ya están más que diagnosticados, interpretados y ubicados en esa cronología histórica. Su mezcla y manufactura corresponden a la delicada y fina maniobra de ordenar y clasificar; de decodificar esa multiplicidad de significados que aporta el ADN del conflicto; de comunicar claramente con el lenguaje (facultad inherente al lenguaje mismo, generalmente ignorada por muchos teóricos y académicos) cómo unos hechos son causa y consecuencia de otros, de tal manera que no quede rebosada la capacidad para asimilarlos. El producto final es el contenido mediático que enseñe cómo el devenir del conflicto ha moldeado la historia reciente del país.

Iniciativas como el “Proyecto Víctimas” de la Revista Semana, que dedicó en el mes de junio de 2013 una emisión en Señal Colombia y una edición impresa a los colombianos que han sufrido los embates de la guerra, son alientos que necesitan tener más alcance y empuje. Si bien desde la literatura y la crónica periodística se han desocultado muchos

de esos relatos y testimonios de la guerra, es urgente que los demás medios, con su repercusión y resonancia, inicien cuanto antes la tarea que han aplazado indefinidamente: lograr que el ciudadano colombiano comprenda el cómo y por qué de tantos años de violencia. A propósito de este afán, el pasado 31 de mayo el cronista Alberto Salcedo Ramos expresó en una entrevista en la HJCK, con relación a los temas de los que un periodista también debe ocupar: “Nuestra asignatura pendiente sigue siendo una exploración del poder. Yo creo que nosotros como periodistas tenemos el compromiso y tenemos la obligación de husmear en los manteles del poder a ver qué encontramos. Porque allí también se necesita que hagamos memoria, que hagamos contexto, que ayudemos a la gente a entender” (Salcedo, 2013).

La tercera y última área de consideración es la posibilidad de libertad personal y el carácter democrático que promueve la sociedad del conocimiento. El saber resulta cada vez más accesible a un número mayor de sectores de la población. Advierte Innerarity (2011): “Ese saber está más dis-

ponible para todos, por lo que se reduce la capacidad de las instancias tradicionales de control para imponer su disciplina. Las capacidades de influir, ejercer resistencia y hacerse valer han aumentado de manera más que proporcional en el individuo y en los diversos grupos que configuran la sociedad civil. Al descubrir estas posibilidades se abren también nuevas formas de ejercer la libertad y pierde fuerza la pesadilla de una sutil manipulación” (p.91). Así, la capacidad del Estado para imponer su voluntad se debilita, al mismo tiempo que son mayores las posibilidades de aumentar la presión y la capacidad de acción de todos. Como también está la emancipación de la producción y legitimación del saber del sistema académico.

El escándalo de WikiLeaks, más allá de lo que publicaron los medios, simbolizó esa fragilidad de los centros de poder y esa incapacidad cada vez más latente de intervenir en los flujos de información. Un ejemplo muy claro es la internet, donde según el filósofo alemán Peter Sloterdijk (2001), no hay una estructura de dominación ni un control orientador, es más bien un fenómeno cultural que



se construye colaborativamente entre iguales. La red es entendida como la entrada a un nuevo paradigma, representa el paso de una visión del dominio a una visión del cuidado, y si se quiere ampliar su significado, a una visión de la obediencia y la inteligencia. Por eso menciona que “en el mundo-red condensado inter-inteligentemente, amos y violadores casi no tienen ya posibilidades de éxito, mientras que cooperadores, fomentadores y enriquecedores entran en conexiones cada vez más numerosas y adecuadas” (Sloterdijk, 2001, p. 12). La red, con todas sus aplicaciones y fortalezas, se erige hoy en día como el mecanismo más potente para resistirse a la administración de la información y como el medio más eficiente para difundir un conocimiento, como ya se dijo anteriormente, cuidadosamente elaborado. Son nuevas formas de saber las que están apareciendo entre diversos agentes de la sociedad, y una de ellas es la accesibilidad de la información.

Pero este carácter democrático no se limita a la posibilidad de libre circulación de conocimiento. En esta misma línea, Charles Taylor, en *Imaginario sociales modernos*, señala cómo el debate racional y externo al poder, que toma lugar en la esfera pública, empieza a transformar de manera silenciosa la creencia de un orden social libre de controversia. Esta esfera, en la que un componente central son los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, “supone que la controversia se plantea y lo hace de forma permanente, como algo que implica en principio a todo el mundo, y también como algo perfectamente legítimo” (Taylor, 2006, p. 114). Las conclusiones reflexivas derivadas de ella adquieren, indica Taylor, un estatus normativo: los gobiernos deben

escucharla, están moralmente obligados a hacerlo, no pueden desconocer el principio democrático de la soberanía del pueblo. La fallida reforma a la Ley de Educación Superior en Colombia demostró cómo un asunto público de absoluta importancia se pudo discutir en un espacio al que todos tuvieron igual acceso, lo que finalmente redundó en la formación democrática de la voluntad colectiva. Las voces que se han escuchado desde diferentes sectores de la sociedad civil, que reclaman una participación más activa en los diálogos de La Habana, también se proyectan como nuevas formas de saber.

Así pues, ante la inminencia de las fuerzas emergentes de acción y presión en las sociedades del conocimiento, los estados se ven obligados a concebir el saber como un asunto público. Señala Innerarity (2011) que la principal función del gobierno consiste en hacer frente a la ignorancia, en democratizar el saber experto, en crear las condiciones que hagan posible la inteligencia colectiva, sacando provecho de la función que pueden tener los medios en la configuración del saber, de la conciencia pública, la opinión política y la percepción del mundo. A propósito, el analista Fabio López de la Roche considera que es necesario superar los estrechos marcos ideológicos a la hora de informar: “Hay que fortalecer la iniciativa público-estatal en los medios, pues en Colombia es muy precaria. La expresión de ese proceso es Canal Capital, con la recuperación del género de opinión, descuidado por el sector privado porque no le produce utilidades” (López de la Roche, 2013). Es inminente que desde los canales y medios públicos la sociedad empiece a confrontar su pasado, a enfrentar sus consecuencias y a abonar el terreno para la reconciliación.

Conclusión

Es indispensable pensar los medios de comunicación desde su función en la sociedad del conocimiento. Con una actitud pesimista, mencionaba Sábato (2000) que “el hombre no ha tenido tiempo de adaptarse a las brucas y potentes transformaciones que su técnica y su sociedad han producido a su alrededor” (p. 26). Pero con un aire optimista,

Innerarity propone (2011): “El desarrollo de una política del conocimiento es, en buena medida, una reacción a la extraordinaria velocidad con la que se han desarrollado nuevos conocimientos y nuevas posibilidades técnicas en las sociedades contemporáneas” (p.9). El conocimiento ha adquirido un valor democrático y en ese orden lo deben asimilar los medios tradicionales y las nuevas tecnologías de la información.

Referencias

- Entrevista a Alberto Salcedo Ramos. Emisora HJCK. 2013, 31 de mayo: “Me considero un narrador natural”. Recuperado de <http://www.hjck.com/personaje.asp?id=1908249>
- García, F. (2008). La esfera de lo público y las tecnologías de la comunicación. En A. Rocha de la Torre (Ed.), *La responsabilidad del pensar. Homenaje a Guillermo Hoyos Vásquez* (pp. 573-616). Barranquilla, Colombia: Ediciones Uninorte.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (2006). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, España: Trotta.
- Innerarity, D. (2011). *La democracia del conocimiento*. Barcelona, España: Paidós.
- López de la Roche, F. (2013, 26 de mayo). Después de un acuerdo en La Habana el foco deben ser las regiones. *La Patria*. Recuperado de <http://www.lapatria.com/caldas/despues-de-un-acuerdo-en-la-habana-el-foco-deben-ser-las-regiones-34497>
- Sábato, E. (2000). *La resistencia*. Buenos Aires, Argentina: Planeta/Seix Barral.
- Sloterdijk, P. (2001). El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología génica. *Revista Artefacto* (4). Recuperado de: http://www.revista-artefacto.com.ar/pdf_notas/91.pdf
- Taylor, C. (2006). *Imaginario social moderno*. Barcelona, España: Paidós.